

TEODORO HERZL Y EL PRIMER CONGRESO SIONISTA DE BASILEA

POR

VÍCTOR OLALLA MOLINERO

CUANDO el 29 de agosto de 1897 se reunía en Basilea el Primer Congreso Sionista judío, nadie sabía a ciencia cierta quién iba a tomar parte activa en él ni qué iba a debatirse o decidirse para el futuro de su pueblo. Sólo uno lo sabía: Teodoro Herzl, padre del Sionismo político, que gráficamente escribía en su Diario: La tarea del Congreso será colocar “la piedra angular de la morada que la nación judía construirá en el futuro”. Y hablando del Congreso, ya celebrado, añadía aquella frase profética que se hizo célebre: “En Basilea he fundado el Estado judío. Si me atrevo a decirlo en voz alta, se reirán de mí; pero dentro de 5 años, de 15 años quizás, esto ha de ser una realidad” ¹.

Así pensaba este embajador tácitamente designado del pueblo judío, que, como un nuevo profeta, lograría despertar e impulsar definitivamente el sentimiento secular nacional de una patria libre y segura. Pero, ¿quién era este hombre iluminado, inspirador del Sionismo y, por ende, del Eres Israel?

Dar unas breves pinceladas sobre esta figura gigante y visionaria —con referencia al Primer Congreso Sionista y al Sio-

nismo— es mi sencillo intento y mi grata prueba de gratitud al sabio Maestro, que hoy homenajeamos, el cual terminaba sus eruditas lecciones de la Historia de la literatura hebrea con un canto entusiasta y admirativo al movimiento sionista.

Permítaseme recordar que el término *Sionismo* proviene de Sión, antigua fortaleza de Jerusalén, a cuya ciudad designa poéticamente. Sionismo es, pues, sinónimo de la vieja y entrañable añoranza secular de Jerusalén, capital de Palestina, “corazón del mundo” y mística ciudad de los elegidos, a la que el Sionismo, y con él el judaísmo, debían volver para restaurar en su patria el culto a Yahvé. El término de Sionismo fue acuñado por M. Birnbaum en 1890². T. Herzl nació en Budapest en 1860, de familia criptojudía española, al parecer³. Hizo sus estudios en Viena y se doctoró en Derecho romano, mostrando especial interés por la literatura, escribiendo piezas de teatro que tuvieron mediano éxito. Desde 1891 a 1895 fue corresponsal en París donde, al par que se perfeccionaba en las fórmulas sociales del gran mundo, aprendió a dominar su carácter y a poseer una gran seguridad en sus decisiones. Decepcionado de su matrimonio con la hija de un rico comerciante vienés, entregó todo su amor al pueblo judío. En París asistió de cerca a escándalos y a casos como el affaire Dreyfus, un oficial judío injustamente degradado, que levantaron en Francia y en otros países europeos una ola de antijudaísmo. El grito de “¡mueran los judíos!” le confirmó en la convicción de que sólo el establecimiento de un territorio propio e independiente, resolvería para siempre el problema judío como problema social. “La emancipación, decía, despertó la idea del hombre libre; pero los judíos, libres del ghetto, viven siempre en su espíritu dentro del ghetto! “El Estado judío —proseguía— es una necesidad mundial”. Precisamente, en 1896, escribió “El Estado judío” que marca el punto de referencia en la era de las reivindicaciones judías: la única solución, repetía, es “el éxodo de Egipto”. Tan sólo 8 años después, a su muerte prematura, sus ideas habían logrado revolucionar toda la problemática judía, dando al incipiente Sionismo todo su significado nacional. Para él, el Sionismo era pura y simplemente la realización en un tiempo inmediato de las aspiraciones judías, a saber, del establecimiento en Palestina de

una comunidad judía autónoma. La idea como es de suponer era arriesgada y ambiciosa, no sólo por el hecho de constituirse como nación con fronteras seguras e independientes, sino también por querer serlo —tras algunas vacilaciones, como luego veremos— en Palestina precisamente, con capital en Jerusalén. Para lograr estas aspiraciones que a todos parecían fantásticas e idealistas, tenía Herzl que convencer no sólo a los poderes públicos y a las naciones totalmente opuestos a su proyecto, sino sobre todo en primer lugar a los mismos judíos escépticos. Ya en el seno del sionismo mismo, chocaban las concepciones contradictorias de los rabinos tradicionalistas y de los modernistas. El Sionismo era entendido ante todo por muchos como un movimiento espiritual y cultural, primero, y sólo después como movimiento político. Defensor de este punto de vista era, por ej., el conocido Ahad Ha'ham, seudónimo del escritor Asher Ginsberg que criticó la idea política de Herzl, patrocinando al contrario un centro sionista ideológico-cultural; ya que Israel, decía, debe resolver su existencia no sólo con diplomáticos sino con profetas. Herzl, como se ve, pensaba completamente lo contrario.

Cuando entre estas divergencias de opiniones apenas había nacido el Sionismo, se abrió en Basilea, del 29 al 31 de agosto de 1897, el *Primer Congreso Sionista* judío con la asistencia de 197 delegados, que, sorprendidos e interrogantes, habían acudido a la invitación. Herzl lo había convocado en "El Mundo" de Viena para que tuviera lugar en Munich, pero las autoridades se negaron a recibir a los delegados judíos debido a la oposición de la comunidad israelí misma y a las protestas de los rabinos que temían promover desórdenes inútilmente. Inglaterra y Francia desaprobaron la idea y Rusia boicoteó el Congreso. Suiza, y Basilea en particular, recibió favorablemente la representación judía haciendo gala de un espíritu acogedor que no había mostrado ciertamente antes, en las seculares relaciones entre Suiza y el pueblo judío*.

* Frente a la leve hostilidad de unos pocos, Herzl cuenta la enorme emoción que les produjo el ver en Basilea manifestaciones públicas de simpatía hacia ellos, que se fueron acrecentando de parte de todos los grupos sociales y religiosos

Herzl, vestido de frac, quiso dar la mayor solemnidad a esta primera asamblea internacional judía, que era el foro público que representaba la voz de un pueblo errante después de siglos y siglos de espera.

El Dr. Lippe rezó la Schehechejam: "Bendito seas, Señor... que nos mantienes la vida y nos haces testigos de este día." En el impreciso programa del Congreso fueron sucediéndose los oradores que, más que incredulidad, manifestaban sobre todo una profunda inseguridad sobre el futuro de su pueblo. Herzl, el nuevo embajador y profeta, era el único convencido, proclamando, ante el vértigo del antijudaísmo, el sentimiento de unidad y de solidaridad de los judíos. Este hombre, "con capacidad de visión profética", como fue definido, impresionaba a todos, más que por una serena belleza física, por la dignidad y serenidad de su comportamiento. Ahora, afirmaba convencido, vamos ya a nuestra morada. "El Sionismo es el retorno al judaísmo antes de volver a la patria" ⁴. Ejemplo típico de la radical transformación efectuada por Herzl en el ánimo de los delegados al Congreso, sería el del mismo rabino de la comunidad israelí de Basilea, M. Cohn, que de furibundo opositor a "las fantásticas ideas de Herzl", al principio, se convirtió en uno de los más entusiastas sionistas según su pensamiento ⁵. Sólo entonces, se discutieron y propusieron los temas que serían de capital importancia para la consecución del Sionismo político. Al adoptarse por todos los miembros el llamado *Programa de Basilea* se afirmó con la mayor solemnidad que "el Sionismo aspira al establecimiento en Palestina de una patria segura y de derecho público para el pueblo judío". En medio de escenas de gran entusiasmo, se decidió que los Congresos futuros fueran los portavoces de estas aspiraciones, que Palestina era la patria histórica e inolvidable del pueblo judío y se decidió, en fin, despertar en propios y extraños el sentimiento judío y la conciencia popular, a la vez que llevar a cabo gestiones ante los poderes públicos, de las que el mismo Herzl se hizo el

a medida que se desarrollaban los demás Congresos. Israel no pudo olvidar esta aceptación judía de Basilea, decidiendo en el X Congreso de 1927 que una calle de Tel-Aviv llevara siempre el nombre de Basel-Street.

portaestandarte convencido. Desde este día, el Sionismo político tenía un padre y la Organización mundial sionista, un fundador, que abrazaba en una acción común los sionistas europeos del Este y del Oeste.

El orador final del Primer Congreso, manifestó, **con voz emocionada**, el efecto electrizante que aquel hombre visionario había producido en ellos, mostrando su mayor gratitud a **Herzl**, hombre animoso, que los había reunido desde todos los países para ocuparse del futuro de su pueblo. Este Primer Congreso Sionista produjo una tremenda impresión en judíos y en no judíos.

Las diligencias diplomáticas de Herzl ante los poderes públicos corrieron paralelas con el ritmo acelerado de los demás Congresos. Fue como un “maratón” de misiones internacionales —como presintiendo a pesar de su juventud, la cercanía de la muerte—, de lucha contra el escepticismo general y de actividad organizadora.

Sólo un año después se congregaba de nuevo en Basilea el 2.º Congreso Sionista, en el que el número de delegados se había más que cuadruplicado. En este Congreso se propondrá la idea de fundar un Banco judío con sede en Londres con un capital inicial de 2 millones de libras; idea que ampliará el 5.º Congreso de 1901 mediante la creación de un fondo nacional judío para regular y centralizar la ayuda material al mundo judío, consecuente al movimiento sionista. Donaciones como las del Barón Rothschild, “padre del estado de Israel”, servirá para cubrir las primeras necesidades; más tarde, se fundarán otras organizaciones y se intensificará toda forma de actividad en lucha denodada contra las dificultades y en contraste dramático entre la esperanza luminosa y la dura realidad. Los Congresos se reunieron, al comienzo, siempre en Basilea (el 3.º en 1899, el 5.º en 1901 y el 6.º en 1903), a excepción del 4.º que lo fuera en Londres. Herzl puso grandes esperanzas en el apoyo británico, recibiendo en efecto créditos y cosechando éxitos.

Diplomáticamente, la obra de Herzl sirvió de piedra de toque, y digamos también de escándalo, a las grandes potencias relacionadas con el movimiento sionista. Herzl visitó en Constantinopla al gran Visir de Turquía, en cuyo poder estaba a la

sazón Palestina, de quien recibió una Carta credencial para el establecimiento de una colonia judía autónoma en Palestina, y sobrevoló con el Emperador alemán Guillermo II sobre Palestina y Jerusalén, doliéndole profundamente el estado de pobreza y de abandono en que estaba su tierra y su pueblo; ambos poderes, el sultán y el emperador, mostraron interés por la tierra palestina y prometieron su ayuda, pero no mostraron ningún interés por el movimiento sionista. Herzl visitó El Cairo, dialogó con los ministros de Rusia e Inglaterra; en Roma se entrevistó con el joven Víctor Manuel III y en el Vaticano expuso sus decisiones a Pío X. El Papa propuso a Herzl soluciones menos radicales, pero al ver su posición inquebrantable, le dijo: "No podemos apoyar ese movimiento". A lo que Herzl respondió: "No podemos impedir a los judíos el que vuelvan a Jerusalén". Una solución menos radical, debatida ya desde el Primer Congreso, era la de constituirse en nación no en Palestina, sino en Argentina, por ej., a lo que estaba dispuesta esta nación, o en Uganda o en Kenia. Esta proposición, tan en consonancia con los movimientos autonomistas seculares del pueblo judío, fue primero aceptada como posible —"según el deseo judío", llegó a decir Herzl—, pero fue pronto rechazada, ya por el deseo irrefrenable de volver a la Tierra Santa, a Jerusalén, ya porque el Plan Uganda que Inglaterra proponía, no podía satisfacerles, pues "Uganda no es Israel", ni la nación judía podía limitarse a una comunidad sólo cultural, decía Herzl.

Mientras T. Herzl estaba decidido a mantener indomablemente el movimiento político-social tendente a realizar el ideal milenario de su pueblo, empezó a empeorar su salud en 1903, tanto, que un año después, el 3 de julio de 1904, con sólo 44 años (edad joven de tantos luchadores y héroes nacionales) moría el fundador del Sionismo en Edlach de Austria. En su testamento dejó indicado que se le enterrara con la sencillez y la simplicidad de un pobre; sin embargo, sus funerales fueron un acto impresionante de afirmación sionista, ya que fueron miles los simpatizantes que quisieron asistir a ellos, mientras que para cientos de miles de judíos era éste el día más triste de su vida.

Cuando el 7.º Congreso se abrió en 1905, Herzl ya no existía, pero el espíritu que él infundiera al Sionismo estaba allí

más pujante y arrollador. Los Congresos se fueron sucediendo al ritmo de los cuatro años, siempre con mayor número de miembros, siempre más cerca de la Patria. Un destacado continuador de la obra de Herzl fue Chain Weizmann, propugnador de la Universidad de Jerusalén, que dominó la escena y luchó con el espíritu tesonero de Herzl durante más de 20 años.

El resto de esta empresa titánica de la creación de 'Eres Israel es de todos conocida. Tel-Aviv, primera ciudad judía, se funda en 1909; después de la Primera Guerra Mundial, el Sionismo se transformó en movimiento de masas con mayor fuerza política; el gobierno británico proclama en 1917 la Declaración de Balfour que prometía "el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío"; en 1921 se funda, en el 12.º Congreso sionista la "Agencia Judía" que, junto con la "Sociedad Judía" que financiaba el retorno, será la que con paciencia tesonera alentará y centrará los movimientos judíos mundiales hacia Palestina, *logrando por fin la hora del triunfo de la unidad nacional*. Con 3 votos sobre la mayoría requerida, aprobó la ONU el Estado de Israel el 29 de noviembre de 1947. Un año antes tuvo lugar en Basilea el 22º Congreso, el último antes de la fundación de Israel, que se proclamaba nación el 15 de mayo de 1948. En 1968 tiene lugar el 27º Congreso y en el 28º, habido en 1972, el número de delegados llegaba a los 900.000 miembros. Israel cuenta sus 3 millones de ciudadanos vivos y no olvida los "millones" de muertos, precio de su libertad y de su soberanía. Pero ahí está el *Estado de Israel*, establecido en su tierra histórica-bíblica, centralizando todas sus aspiraciones político-sociales y religioso-culturales, como cristalización perenne de la fe de un hombre, Herzl, y de la paciencia de un movimiento, el Sionismo.

BIBLIOGRAFIA

1. HERZL, T. *Diario*, Berlín, 1922.
2. Sobre el Sionismo, puede verse una buena revisión general en *Enciclopedia Judaica*, Vol. 16, pág. 1031 a 1182.
3. GONZALO MAESO, D. *Historia de la Literatura Hebrea*, Madrid, 1960.
4. LAQUEUR, W. *A History of Zionism*, Londres, 1972. Es ésta una historia exhaustiva y fríamente objetiva del Sionismo, avalada por cerca de 3000 citas bibliográficas.
5. NORDEMANN, T. *Zur Geschichte der Juden in Basel*, Basilea, 1955.